

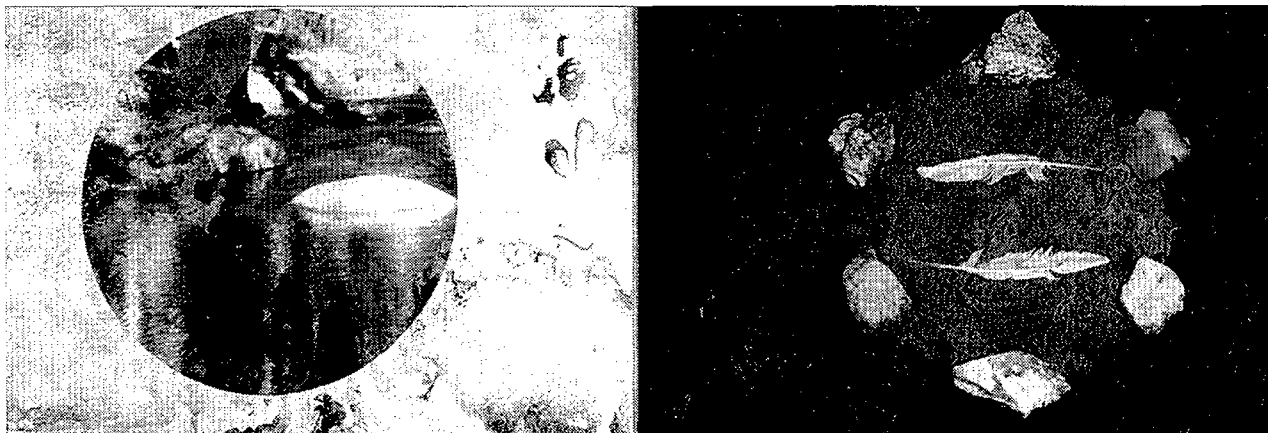
# Los paseos germinales de M. A. Blanco

MIGUEL ÁNGEL BLANCO

Galería María Martín, Pelayo, 52  
Gal. La Caja Negra, Fernando VI, 17  
Hasta el 31 de mayo  
Madrid

La nostalgia de la naturaleza, sometida a una destrucción acelerada, ha inspirado algunos de los momentos más radicales del arte de las tres últimas décadas. Si en los bordes complejos del minimalismo apareció un ánimo entrópico que llevó a los artistas a dirigirse a regiones devastadas (las minas, los desiertos, los suburbios industriales) para realizar gestos casi ciclópeos (la espiral, las líneas paralelas, esa doble hendidura, etc.), en Europa la estética del (post)paisaje lleva a una sorprendente revisión del pintoresquismo a partir de una poética del paseo que asume que nuestro continente, en el caso de que realizaran excavaciones, está lleno de historia, esto es, de ruinas y estratos culturales. El trayecto plástico de Miguel Ángel Blanco enlaza con el nomadismo de las esculturas mentales de los artistas británicos contemporáneos, desde una actitud existencial que me atrevo a calificar como auténtica. Sus obras son los restos de una vivencia prolongada en los bosques centenarios de pino silvestre de las laderas de La Peñota y de Siete Picos, que se extienden hasta Valsain.

He seguido con enorme interés la obra de este artista desde su muestra



*Piedras mensajeras*, de 1999

en la galería Bárcena en 1994 en la que, junto a los hermosos libros, aparecían esculturas de granito con inscripciones geométricas y formas de cristal craqueladas como si fueran resina de pino. En 1998 presentó en la Diputación de Huesca, coincidiendo con los cursos del proyecto Arte y Naturaleza, dirigidos por Javier Madruelo, una selección extraordinaria de esa Biblioteca. Trozos de el Pino de las Tres Cruces, acículas, escamas de piña, hongos secos, raíces de alcornoque o una flor edelweis estaban protegidos bajo el cristal, dispuestos con una armonía y gusto exquisitos, confrontados con las páginas de papeles artesanales en las que quedaban las marcas de una impresión en la que la referencia era la «naturaleza».

Las obras actuales modulan e intensifican el propósito artístico de

Miguel Ángel Blanco, con una geometrización fantástica de los elementos, ya sea en el círculo de líquenes delimitado por trozos de cuarzo con las plumas de palomas mensajeras o en el poderoso libro titulado *El anillo del mesto* o en el simbolismo primordial de *Regeneración del monte de Abantos*. Aparecen, como novedad, imágenes fotográficas tratadas digitalmente, como en una búsqueda de concreción o, mejor, de localización en un tiempo de desquiciamiento generalizado. La actitud contemplativa de Blanco termina por ser una línea de resistencia contra el agotamiento estético circundante, ajena a cualquier ingenuismo, capaz de recuperar, sin complejo de culpa, una idea de belleza. Las semillas semihundidas en resina funcionan como metáfora de la capacidad germinal de esta tonalidad plástica, dilatada ahora en

las huellas auráticas de las hojas o las ramas. Las serigrafías de *El tejo del arroyo del infierno* remiten a una noche en la que todavía pueden aparecer signos favorables; la intemperividad de esta especie de panteísmo, la confianza en la energía de la naturaleza adquiere casi dimensión heroica, especialmente cuando estos destellos en la oscuridad, esta paradójica escritura de lo no gramatical, esa retorno del libro a la memoria dañada del bosque, nos apartan del imperio de la banalidad. Los paseos solitarios de Miguel Ángel Blanco, su mirada en la que están mezcladas la melancolía y el éxtasis vital ante la sublimidad del paisaje, quedan sedimentados en obras ejemplares, experiencias de una armonía conmovedora.

Fernando Castro Flórez

## El terrible Vilariño

«MANUEL VILARIÑO.  
EMBOSCADURA»

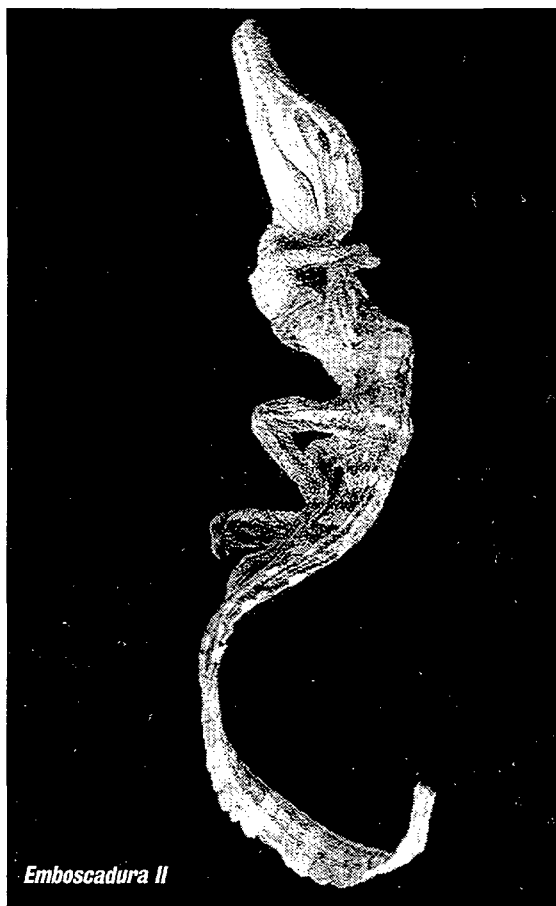
Galería Anexo, Pontevedra  
C/Charino, 10  
Hasta el 31 de mayo  
De 400.000 a 700.000 pesetas

COMO el teatro de Artaud, la fotografía de Manuel Vilariño (*La Coruña*, 1952) se asemeja a la peste. No porque sea también contagiosa, sino por ser manifestación de un fondo de crueldad latente. Como el teatro, la fotografía es el tiempo del mal, el triunfo de las fuerzas oscuras hasta la extinción por una fuerza más profunda aún: el espíritu.

Su exteriorización exigirá un cuerpo inocente y silenciado, que tan sólo el animal, el saurio, podrá encarnar con justeza. Paradoja de la violencia de esta obra sacrificial es su tremenda ambigüedad: oprimido y liberador, víctima y opresor se confunden, se identifican en la desaparición mutua que señala el sentido de un nuevo proyecto: el (re)naci-

miento espiritual, aquí signado por la presencia simbólica de objetos de culto religioso cristiano: el sagrado corazón de Jesús (el gran sacrificado), estampas con su imagen, cintas y rosario.

Sin duda una obra perturbadora del reposo de todo sentido; difícil y heroica. Pero se trata de una acción mayéutica: elevar a visión lo insigne. Lo que la sociedad actual ha olvidado con demasiada impunidad: la propia fractura de una unidad que fue sagrada. El contrarrostro de la historia. El trabajo de Manuel Vilariño, como el teatro artaudiano, se genera a partir de la imagen de esa matanza, de esa separación esencial. Esta operación donde se renueva el terror y la maravilla del espíritu liberándose, nos sitúa en las tinieblas de una acción milenaria. Es como si se superase, en la contemplación de las fotografías, toda la re-



*Emboscadura II*

saca de la turbiedad de la historia para retornar, como en un ritual, a la hora de una pasión primigenia, sacerdotal. La eficacia se ve aumentada por el hecho de que el mediador ceremonial, Vilariño, ha depurado al máximo el conjunto de elementos que se articulan en la representación, de tal manera que ésta se vuelve, en su rigor descarnado e implacable, en su reducción a las presencias obsesivas que se recortan sobre blanco o negro, una verdadera epifanía de la ejecución, que se sitúa en el medio del olvido profano y del dios siempre oculto. Ahí reside el vínculo de lo religioso, idéntico en este sentido al del arte: en el estar abierto a lo que es otro que uno mismo: el animal, el amor del otro, la muerte, el porvenir, la libertad, la venida, la máquina teológica.

Alberto Ruiz de Samaniego